

# Buscar a Dios sin encontrarlo

Vicente Quirarte

El auge inaudito de la novela histórica en los últimos años es un arma de doble filo: pareciera lo más sencillo tomar algún episodio canónico, darle un hilo narrativo en el que se mezclen ficción y conjetura; ante el agotamiento de las grandes historias, pareciera que no hay otro remedio que acudir a la Señora con mayúscula, ésa que Jules Michelet llamó, con justicia, Su Majestad la Historia. La Historia como fue, como pudo haber sido, como la imaginación piensa que fue. He aquí la fórmula del novelista, pero también la del historiador. Distintos son sus objetivos pero sus métodos de trabajo, similares. La imaginación es la virtud más grande de un historiador, sentenció Edmundo O'Gorman para escándalo de los creyentes en la historia estadística y en los leales a la comprobación científica. El novelista histórico necesita, además del acopio de datos y el hilo que una las perlas, una tercera virtud: la dimensión poética, ésa que coloca en sitio aparte a obras como *La muerte de Virgilio* o *Las memorias de Adriano*.

No me parece exagerado afirmar que Gerardo Laveaga, al proyectar *El sueño de Inocencia*, tuvo en la mente esos modelos que, además de estar apoyados en una rigurosa reconstrucción histórica, ceden el sitio de honor a la formación de la conciencia de personajes que modificaron la manera de concebir el mundo. Las inmediatas virtudes del libro de Gerardo se perciben desde las primeras páginas, cuando el joven Lotario de Segni da muestras de su personalidad apasionada e inconforme. En tal sentido, se trata de una novela de formación. El papa que llevó a la iglesia medieval al momento más intenso de su poderío, aparece desde su intensa juventud, afianzando su personalidad mientras el mundo se debate en guerras y discusiones seculares.



Entre la potestad temporal y espiritual de la Iglesia, el joven Lotario crece con la sola convicción de que una Iglesia poderosa es aquella que no tiene malos servidores y que hace del culto un ejemplo de vida. Sin embargo, desde entonces germina en él la idea terrible de que quien no está conmigo está contra mí, lo cual lo llevará, ya como Papa, a enormes excesos y crueldades contra aquellos que, en su opinión, son herejes y no merecen otro destino que la hoguera.

Gerardo Laveaga es un hombre de leyes y de letras. Existe en los escritores con formación jurídica una manera peculiar de ofrecer su material narrativo, con pruebas

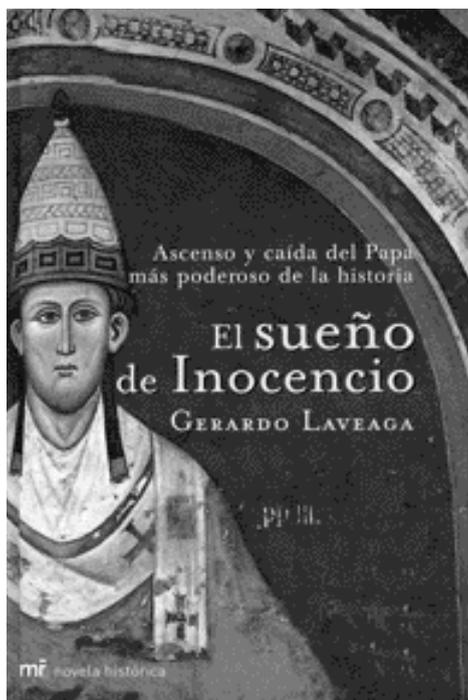
fehacientes donde no quede lugar a dudas en las conclusiones. El autor de la novela es, además, un conocedor de los mecanismos del poder, de las decisiones que la administración demanda pero también, lo que es más difícil, de los factores humanos que inciden en las decisiones vitales, en la separación de la persona y del personaje, del hombre de la calle y el que se convierte en institución, del que tiene que renunciar al mundo pero tras haber probado, como San Agustín y el propio Lotario, sus favores y tentaciones. Tal ha sido el caso de muchos, pero Gerardo toma al que como papa adoptaría el nombre de Inocencio III para ofrecer

la anatomía de un ser humano consciente de sus capacidades y de su misión como cabeza de la iglesia católica. Inocencio III llega al papado cuando tiene treinta y siete años. Es la misma edad a la que muere Arthur Rimbaud, que en una de sus más altas iluminaciones escribió:

El combate espiritual es tan brutal como la batalla entre los hombres. Pero la visión de la justicia sólo es privilegio de Dios.

Lo dice un gran blasfemo que es, en el fondo, un sediento de fe. En esas palabras de Rimbaud puede sintetizarse la confrontación entre el poder espiritual y temporal de la Iglesia, y el espíritu que anima la sabia y sensible escritura de Gerardo Laveaga.

Como todos los grandes protagonistas de la Historia, como todos aquellos que se atrevieron y se atreverán a cambiar el mundo, Inocencio III es un personaje contradictorio, que suscitó y suscitará admiración y odio. De no haber muerto súbitamente a los cincuenta años de edad, luego de diecisiete en el papado, acaso la quinta cruzada no hubiera tenido las consecuencias desastrosas en las que terminó y se hubiera evitado el enfrentamiento de Federico II con la Iglesia de Roma. Si la Iglesia y el papado adquirieron poderío, prestigio y solidez durante los años que la encabezó Inocencio III, fue en parte gracias a su poderosa personalidad y su individualismo. Sus sermones, así como el vasto *corpus* de sus cartas oficiales, unen el pensamiento legal y el filosófico de la época escolástica y se caracteriza por la influencia de la filosofía aristotélica con nuevas expresiones de fervor místico, todo lo cual contribuyó a crear un lenguaje y una ideología sin precedentes para la glorificación del papado. El conjunto de esta compleja personalidad ha sido desmontado y analizado por Gerardo



Laveaga, pero su mayor virtud como novelista es, por un lado, que no asesta a sus lectores el lenguaje de los tratados sino tiene la habilidad y la cortesía para incorporarlos de manera natural al discurso narrativo. Un aforismo de Séneca o un argumento teológico surgen el momento preciso para iluminar determinada situación y contribuir a tensar el hilo dramático de personajes que están cambiando con la historia y con la Historia. Un ejemplo entre muchos tiene lugar cuando los cardenales que lo han elegido le preguntan por el nombre con el cual reinará (p. 100).

Otro de los elementos que contribuyen a la agilidad de la novela es que la vida de Inocencio es concebida como una novela de aventuras del alma, que son las únicas y las verdaderas. Mediante la narración en primera persona, cartas, monólogos interiores, el autor ofrece los diversos mosaicos que conforman al personaje y su reflejo en los otros, particularmente en sus íntimos:

la pasión sensual por la impetuosa Bruna; el amor profundo hacia Ortolana; la idealización en el mancebo Angelo. Todos ellos funcionan como espejos que van dando cuenta de la transformación del personaje. Porque son seres humanos como él, porque conocen sus debilidades y sus grandezas, son capaces de juzgarlo con severidad. De ahí que al final de la novela, en una escena que no sabemos si es vivida por Inocencio en la lucidez o en la alucinación, Bruna concluya terrible e íntegra:

El estudiante de Derecho que soñaba con unir la cristiandad ha hecho todo lo que estaba en sus manos para dividirla. Es aborrecido por alemanes y judíos, por cátaros y griegos, por lo seguidores del Islam y por sus propios cardenales.

Sin embargo, desde las primeras páginas de la novela, es imposible no sentir simpatía e inclusive admiración por ese joven impetuoso que cree en sus convicciones, aunque a la larga sea devorado por su puesta en práctica. Sólo el novelista puede hacer una vida de Inocencio III donde quepan la admiración y la condena y, por qué no, hasta el inevitable e insustituible sentido del humor. Sólo alguien que sabe jugar con las palabras, y por tanto respetarlas para lograr una magnífica novela, como la que Gerardo Laveaga nos ofrece, puede concluir sobre su personaje este imposible epitafio:

Lotario de Segni... pasó la vida buscando a Dios, sin encontrarlo. Él ya debe tenerlo a su lado, pidiéndole consejos acerca de cómo darle un sentido a Su caótica, a Su incomprensible creación. [U]

Gerardo Laveaga. *El sueño de Inocencio*. México, Editorial Planeta, 2006.

Su mayor virtud como novelista es que no asesta a sus lectores el lenguaje de los tratados sino tiene la habilidad y la cortesía para incorporarlos.